

# la **comunicación** de la **acción** **solidaria** de la **iglesia**

**José Joaquín Castellón Martín**

Ponencia presentada en la Xª Escuela de Otoño  
de Formación del Voluntariado.  
Noviembre, 2006.

**serie documentos número 5**

# **la comunicación de la acción solidaria de la iglesia**

**José Joaquín Castellón Martín.**

Equipo del departamento de formación  
de Cáritas Diocesana de Sevilla.  
Pza. de San Martín de Porres, 7. 41010-SEVILLA.  
Teléfono: 954 34 71 84. Fax: 954 34 41 69.  
E-mail: formacion.cdsevilla@caritas.es

Agradecemos a D. José Joaquín Castellón  
esta contribución desinteresada  
a la formación de nuestra comunidad diocesana.

Noviembre de 2006.

La comunicación de la acción social de la Iglesia comienza con el propio Jesucristo. Y como en cualquier actividad que realicemos en la Iglesia, ésta **ha de tener también a Jesucristo como modelo de actuación**. *Cuando Jesús realizaba algún signo a favor de algún ciego o algún leproso, éste iba divulgando con grandes ponderaciones lo que aquel nazareno había hecho por él* (p.e. **Mc 7, 36**; la curación de un sordomudo). Así se iba extendiendo la fama mesiánica de Jesús, cosa que parece que a él no le gustaba demasiado y recomendaba insistentemente a aquellas personas que no divulgaran los favores que les había hecho.

A esto lo llaman los biblistas **el secreto mesiánico**. Este secreto mesiánico se debía al interés que tenía Jesús en *no alentar la confusión que se podía dar entre los judíos en el tipo de mesianismo que él venía a traer*. Los judíos podían interpretar su misión como una liberación exclusivamente socio-política; y Jesús tenía claro desde el comienzo de su vida pública que *él venía a traer la liberación integral de todo el pueblo*.

**Hoy el problema es el contrario. Contrario en varios aspectos.**

1. En primer lugar *nuestra sociedad* aturdida por tantos mensajes comunicativos y mediáticos *no escucha a "los ciegos y a los inválidos" que son acogidos y promocionados por la Iglesia, cuerpo de Cristo en la historia*. Más bien ocurre lo contrario cualquier programa televisivo de ficción donde la imagen de la Iglesia o de los sacerdotes sea negativa tiene más poder

de convicción que la historia personal, que las propias experiencias personales.

2. Además, en segundo lugar, tenemos que reconocer que *Jesucristo tenía, proporcionalmente, mucha más labor caritativa, promocional y transformadora de la que tenemos hoy día en la Iglesia*. Nuestro quehacer cotidiano, valorado en tiempo empleado, va de forma abrumadora al *culto y a la catequesis, y en una pequeña parte al acercamiento a los más pobres, a su vida y a sus preocupaciones*.

3. Y, en tercer lugar, *las acciones solidarias de Jesucristo tenían más calidad humana y más profundidad religiosa que las nuestras*. Baste con un ejemplo: si para ayudar a una persona tenía que pasar porque lo considerasen leproso no dudaba en acariciarlo y besarlo, aunque después no pudiera entrar en los pueblo y tuviera que quedarse en descampado **(Mc 1, 45)**.

- Si **entonces el peligro** era que la buena noticia *que él traía se redujera a política,*

- **hoy el peligro** al que nos enfrentamos en la Iglesia es *que nuestra labor se reduzca a actos de culto y a celebraciones estrictamente religiosas*. No sólo porque en la prensa local aparezca fotográficamente cualquier procesión de una imagen antes que el trabajo silencioso del grupo de caritas, sino porque en la realidad de nuestro quehacer pastoral le dedicamos,

como comunidad cristiana, mucho más tiempo, ilusión y esfuerzo a las celebraciones litúrgicas que a acercarnos a los más pobres y buscar la forma de ayudarles de manera realista.

Por todo ello, para que nuestra misión evangelizadora no se vea reducida y deformada, *hemos de vivir con más cercanía liberadora a los más pobres y procurar que las acciones solidarias de la Iglesia sean más conocidas por todos*.

La comunicación de la acción solidaria de la Iglesia no debe ser la comunicación de nuestra acción solidaria, ni la de nuestro grupo. Desde esa perspectiva egocéntrica si que puede sonar a auto-promoción la comunicación de lo que la Iglesia realiza. Quizás deberíamos decir que hemos de comunicar más lo que hace la comunidad cristiana para que las acciones solidarias de Cristo en la historia sean más conocidas por todos. Somos muchas veces cicateros con el bien que hacen otros, con una hipercrítica que quizás esconde cierta envidia malsana. Nos cuesta trabajo ponderar lo que Cristo hace a través de la vida de otras personas de nuestra misma fe, y cuando lo hacemos siempre se nos escapa algún "pero". Algún "pero" de desprestigio personal, apoyado en un análisis de la realidad y en valoraciones críticas de la realidad; o algún "pero" que quita importancia a lo realizado por los demás desde nuestra propia historia personal, desde lo que nosotros hicimos o conseguimos en talo cual momento.

En el Evangelio no se da esa cicatería, cuando Jesús se acerca liberadoramente a alguien que sufre además de la persona que ha recibido el favor todo el pueblo, todo el

pueblo de Dios, todo Isrel se entiende, se alegraba, alababa a Dios y divulgaba todo lo que Jesús hacía (Lc 7, 16-17 resucita al hijo de la viuda de Naín).

Por eso, la comunicación de las acciones solidarias de la Iglesia no tiene un objetivo de "auto-propaganda"; por lo menos no debe tener ese objetivo de publicidad institucional. Si fuera sólo auto-propaganda, aunque fuera efectiva y tuviera efectos negativos, aunque sirviera para poner "de moda" alguna organización eclesial de voluntariado, no estaríamos respondiendo al Evangelio y, además, sería de una gran pobreza. Nos pondríamos a nosotros mismos de referencia en el compromiso social y eso siempre acaba mal. Acaba en nuestras cobardías, nuestros egoísmos, nuestras falsedades. La comunicación de la acción solidaria de la Iglesia no puede tener los criterios de la auto-propaganda, sino la de comunicar lo que Jesucristo sigue haciendo en la historia por los más pobres.

Al comunicar la acción solidaria de la comunidad cristiana buscamos fundamentahnente evangelizar la sociedad. Toda sociedad tiene en su estructura global tres subestructuras constitutivas: el subsistema económico, el subsistema político y el subsistema ideológico-cultural. Los dos primeros tienen dinámicas propias de evolución. Es el subsistema ideológico-cultural donde la sociedad, en cierta manera, se hace consciente de sí misma y puede ir decidiendo por dónde ha de ir su futuro. Por eso es tan importante que la Iglesia cree cultura e influya en el imaginario social. Es en ese sub sistema ideológico-cultural donde se definen los valores que se van a asumir como "lo aceptable", "lo normal", "lo bueno", "lo auténtico". Desde la Iglesia queremos que "lo bueno" sea una actitud personal y socialmente solidaria con lo más pobres, entre otras cosas. Eso se decide

en ese subsistema ideológico-cultural y por ello tenemos que intentar estar presente en las instituciones que lo configuran para ir transformado hacia el Reino nuestra sociedad.

En esa presencia buscamos, en primer lugar, hacer presentes a los más pobres de nuestro pueblo que la mayoría de las veces son tratados en los medios de comunicación desde estereotipos sociales, normalmente como grupos de peligro y amenaza en vez de como personas con una historia y una dignidad propias. En segundo lugar la comunicación de la acción social de la Iglesia tiene como objetivo dar testimonio que otro mundo es posible, que la injusticia y la marginación, que el sufrimiento y la despersonalización no son las palabras definitivas de nuestra historia, sino que el sentido de la historia se refleja en palabras como libertad, acogida, justicia, dignidad, liberación; y que ese sentido no es el sueño idealista y utópico de algunos ingenuos, sino que se encarna en hombre y mujeres que desde la realidad y viviendo felices lo van forzando y acogiendo. El tercer objetivo que tiene la comunicación de la acción social de la Iglesia consiste en testimoniar que la fe en el Dios de Jesucristo es necesariamente una fe de servicio y solidaridad; que Dios es Dios de justicia y misericordia; que la fe en el Padre de nuestro Señor Jesucristo vivida con autenticidad evangélica impulsa siempre y prioritariamente a construir un mundo más fraterno. Y que cuando la fe cristiana abandona el compromiso por los más débiles se convierte en mera manipulación religiosa.

Estos tres objetivos van a servirnos para concretar cinco criterios para describir cómo tenemos que configurar la comunicación de la solidaridad de los miembros de la propia Iglesia:

- La centralidad de los pobres y su realidad.
  
- La centralidad del Reino de Dios en nuestra espiritualidad.
  
- La valoración de toda acción desde su capacidad de signo.
  
- La fuerza de purificación religiosa que tiene la comunicación de la acción social de la Iglesia.
  
- Algunas consideraciones prácticas.

## **1. La centralidad de los pobres y su realidad.**

Las personas sin hogar, los presos, los marginados por causa de su enfermedad, los inmigrantes más pobres, los jóvenes hipotecados hasta la jubilación, los niños, las mujeres y los hombres de los países empobrecidos..., éstos han de ser los auténticos protagonistas de la comunicación de nuestros gestos solidarios. Todos ellos son personas de las que hay que hablar e informar porque forman parte de la sociedad, de nuestro mundo, y son proporcionalmente la mayoría. No dejan de existir porque sean ignorados; no surgen cuando saltan a las primeras páginas de los periódicos por algún hecho dramático.

La centralidad de los pobres ha de ser doble. Por una

parte han de ser centro de nuestros afectos, de nuestra preferencia; y por ello siempre describiremos con comprensión y con ternura su situación, siempre transmitiremos con el cariño de los detalles su situación vital y su historia. Ciertamente esa preferencia no nos debe de cegar en nuestra descripción de su realidad ni en el análisis de la misma. De un acercamiento falso a la realidad de los más pobres sólo puede surgir una mala acción social, unos gestos estériles de compromiso que más que ayudar pueden perjudicar y que a la larga hace que los agentes de pastoral vean inútil su entrega y abandonen su compromiso. Por eso junto a la centralidad afectiva tiene que haber una centralidad en los análisis. Un análisis absolutamente realista nunca va en contra de los pobres, sino a favor de ellos, aunque descubra situaciones de deshumanización en los mismos. No va en contra de los vecinos de una barriada marginal descubrir que la mayoría de ellos se beneficia del tráfico de drogas; ni que ninguno de los adolescentes acaba sus estudios de secundaria; que hay una falta grave de prioridades en los gastos familiares. Sin valorar suficientemente estos datos será imposible intervenir para transformar esas situaciones.

Los análisis que van en contra de los pobres son aquellos que se sitúan en la perspectiva del rico, del que defiende sus intereses. Todo el realismo posible, pero asumiendo la perspectiva del que más sufre. Si analizamos una situación de marginación desde el prejuicio de que las personas marginadas son meramente un peligro para las clases trabajadoras y para las clases medias de la sociedad, estaremos despersonalizando a los más pobres, clasificándolos con una etiqueta, la de "peligroso", e imposibilitando cualquier intento de transformación verdadero.

Dos ejemplos que pueden clarificar esto que decimos: la infancia marginada y los inmigrantes. Los barrios marginales, las bolsas de marginación y los inmigrantes más pobres no gozan de buena prensa. Siempre son tratados por los medios de comunicación ante situaciones extremas, de violencia y de peligrosidad ciudadana. También dentro de la Iglesia, incluso dentro de los grupos más formados se tiene esta imagen. Nuestra labor comunicativa ha de tener como centro la realidad de los más pobres y como perspectiva de análisis su propia vivencia de la realidad.

Todos condenamos los actos de delincuencia de un adulto de 22 años en los que personas sencillas y trabajadores han salido perjudicados. Pero esa condena no transforma nada, la condena no transforma a nadie. Quizás habría que cuestionarse dónde estaba ese adulto hace 12 años, cuanto tenía 10; cuál era la situación del barrio en el que vivía; cuál era la situación de su familia; con qué chavales compartía colegio y plaza de juegos; qué es lo que los poderes públicos han hecho desde una intervención social en su barrio desde 1996; porqué tuvo que nacer en un barrio donde todos sus amigos tenían familias conflictivas o con serios problemas sociales. Las barriadas sociales, de las que tenemos en casi todos los pueblos, han sido foco de marginalidad y de destrucción para miles de niños que hoy ya son adultos, pero lo siguen siendo para los niños que son todavía niños.

Sólo el amor valora adecuadamente, decía Nietzsche, y lo decía con razón. Cuando se desprecia a las grupos sociales que viven en situaciones de marginalidad siempre se considera que no tienen solución, que nada de lo que se haga va a tener éxito. Y por ello los políticos se conforman con medidas asistencialistas encaminadas a evitar que

esos colectivos desestructurados planteen conflictos a corto plazo, pero no buscando una auténtica transformación social. El resultado es que se perpetua la marginación y se agrava el problema. Puede ser que haya personas que tengan un problema crónico, por enfermedad psíquica, por los años viviendo la desestructuración personal, etc., pero no hay grupos sociales de los que podamos desesperar. Quien desespera es que no ama. El fundamento de la esperanza es el amor. El fundamento de la esperanza, decía san Juan de la Cruz, es el amor de Dios.

Por ello los pobres afectiva y analíticamente han de situarse en el centro de nuestra acción comunicativa.

## **2. La centralidad del Reino de Dios en nuestra espiritualidad.**

Junto con la centralidad de los más pobres hemos de vivir en nuestra espiritualidad como sacerdotes y en la espiritualidad de nuestras comunidades cristianas la centralidad del Reino de Dios predicado por Jesucristo. Un peligro muy grande de nuestra espiritualidad sacerdotal es el eclesiocentrismo. La consideración reductiva y unilateral de que sólo nos importe aquello que tenga que ver directamente con la institución de la Iglesia, con aquello en lo que la Iglesia intervenga directamente. Es una desviación espiritual demasiado común y muy peligrosa. Es demasiado común porque los sacerdotes somos hombres para la comunidad. Y es cierto que nuestra preocupación prioritaria ha de ser la de animar a la comunidad cristiana para que evangelice el mundo, para que lo transforme hacia el Reino. Nuestro quehacer cotidiano está hacia dentro de la

Iglesia. Ese quehacer cotidiano no puede convertirse en el centro exclusivo de nuestra espiritualidad transmitiendo inconscientemente a los laicos una espiritualidad deformada. Y así contemplamos como la mayoría de los laicos encuentran que su compromiso cristiano es compromiso con actividades eclesiales; y, más preocupantemente todavía, que hay muchos laicos para quien su compromiso con asociaciones y plataformas cívicas no es específicamente un compromiso desde la fe; por lo menos ellos no lo viven primariamente desde la fe.

El centro de la espiritualidad cristiana no es el quehacer de la Iglesia, sino el quehacer de Dios en la historia. No creo que este principio pueda discutirse. Y la acción de Dios en la historia desborda los límites de lo que hace la Iglesia. En lo que hace la Iglesia también está Dios actuando, pero no sólo. Dios sigue actuando en la historia y la labor de todo cristiano está en acompañar, en seguir, en poner la vida en lo que Dios hace en el mundo. No somos nosotros los protagonistas de la historia de la salvación. La Iglesia es un instrumento en esa historia de la salvación. Instrumento necesario, pero sólo instrumento; sacramento si' queremos usar la terminología adecuada.

Por ello en nuestra espiritualidad de presbíteros, para poder comunicársela a los laicos en su propia espiritualidad han de estar presente los problemas y los logros de nuestro mundo, las alegrías y las esperanzas, los sufrimientos y las angustias de nuestro mundo deben ser los nuestros, como dice el pórtico de la *Gaudium et spes*. Cuando se transmite que a los agentes eclesiales las clases de religión o el dinero que el estado va a entregar a la Iglesia, por poner ejemplos socorridos, nos importan más que las hipotecas de los jóvenes para acceder al techo al

que todos tenemos derecho, o que la falta de salubridad en algunos barrios de nuestras ciudades, nuestras acciones solidarias se ven relativizadas y puestas en entredicho. Aparecen como si las consideráramos de manera instrumental, como si no estuvieran en el "núcleo duro" del Evangelio, y la evangelización se redujera a mero adoctrinamiento, y nuestras acciones eclesiales se pudieran entender desde el deseo de perpetuarse de toda institución humana.

La espiritualidad laical ha de ser una espiritualidad mundocéntrica porque su vocación específica es la de transformar el mundo hacia el Reino de Dios<sup>1</sup>. Por ello la espiritualidad del clero secular y de todo presbítero que asuma un cargo pastoral de presidencia y animación de comunidades parroquiales ha de ser, también aunque de un modo distinto, mundocéntrica. Eso no significa que se pierda la dimensión de trascendencia porque creemos que Dios está presente en el mundo y en el hombre y si buscamos encarnamos en el corazón del mundo es porque sabemos que ahí también podemos encontrar la trascendencia de Dios.

---

<sup>1</sup> Cft. Benedicto XVI: *Deus Caritas est*, n°29. El deber inmediato de actuar en favor de un orden justo en la sociedad es más bien propio de los fieles laicos. Como ciudadanos del Estado, están llamados a participar en primera persona en la vida pública. Por tanto, no pueden eximirse de la "multiforme y variada acción económica, social, legislativa, administrativa y cultural, destinada a promover orgánica e institucionalmente el *bien común*". La misión de los fieles es, por tanto, configurar rectamente la vida social, respetando su legítima autonomía y cooperando con los otros ciudadanos según las respectivas competencias y bajo su propia responsabilidad.



Esta orientación espiritual hará que nos relacionemos con los diversos grupos sociales de nuestro pueblo de una forma positiva. El trabajo de una asociación de vecinos, de un grupo cultural, de un sindicato o de un partido político ha de tener para nosotros importancia. No es sólo importante lo que se hace en la Iglesia, porque Dios no se recluye en los límites de la Iglesia para actuar. Si consideramos que todo esfuerzo por humanizar nuestro pueblo es importante y merece nuestra consideración, tiempo y apoyo, las acciones evangelizadoras de la Iglesia también se verá con respeto y aprecio. Esta dimensión de la espiritualidad puede favorecer mucho nuestra relación con la sociedad civil y nuestra presencia en la estructura social de una manera no reductivamente ritualista.

Que la acogida y la construcción del Reino sea centro de nuestra acción comunicativa conlleva dos consecuencias muy importantes. La primera es que esa comunicación ha de fundarse siempre en la verdad y la segunda es que ha de buscar siempre la interpelación personal de quien nos escuche. El Reino crece con la conversión y la esperanza de las personas. "Convertíos y creed en la buena noticia", gritaba Jesucristo en Galilea (*Mc 1, 15*). La comunicación de la acción solidaria de la Iglesia tiene como objetivo primordial llenar de esperanza el corazón de las personas y moverlas a una transformación de vida, a una conversión hacia el evangelio.

Eso conlleva que nuestra comunicación ha de ser interpelante y comprensiva. Hemos de procurar hablar no desde la generalidad sino a personas concretas que son las que han de leer o escuchar nuestras reflexiones. Si queremos comunicarnos con personas concretas hemos de tenerlas siempre como horizonte de interlocución. Eso

hará que seamos mucho más concretos y directos en nuestras comunicaciones, que nuestras palabras sean más claras y nítidas, que nuestro discurso sea más comprensible. Muchas veces el discurso eclesial se hace más con criterios de "formalidad eclesial" (citas de los papas, argumentos teológicos tópicos, vocabulario y expresiones eclesiales, preocupado por no traspasar el magisterio, etc.) que con afán de comunicar a personas concretas.

Para realizar esta invitación a la conversión de la persona que nos escucha, nuestra comunicación ha de señalar claramente los hechos y las situaciones de deshumanización y de injusticia que se viven, los dinamismos sociales de marginación y despersonalización. Si por cobardía o por falsa prudencia callamos las consecuencias del evangelio nuestra comunicación será políticamente correcta, pero no invitará a la conversión y servirá de excusa para nuestra falta de fidelidad al evangelio. Normalmente cuando callamos el evangelio es porque tenemos por qué callar. La interpelación y la llamada a la conversión al primero que compromete e interpela es al que la pronuncia. Es muy importante que nos sintamos comprometidos a la fidelidad al evangelio en la solidaridad con los más pobres desde nuestras propias palabras.

La otra consecuencia de la centralidad del Reino en la comunicación de nuestra acción solidaria es la fidelidad a la verdad. Porque no tenemos dobles intenciones, ni buscamos relevancia personal, nuestra acción comunicativa no puede fundarse ni en la mentira, ni en el error, ni en la ambigüedad o en la ocultación de datos, ni en argumentaciones frívolas. Cuando esto se da es que nuestra intención no es invitar a la conversión a las personas que nos

escuchen o nos lean, sino atacar a alguna institución civil, defender corporativamente a la institución eclesiástica, o favorecer nuestro prestigio personal.

### **3. La valoración de toda acción desde su capacidad de signo.**

Una de las consecuencias más negativas de la espiritualidad eclesiocéntrica es que nos llena de desesperanza. La Iglesia, en una sociedad secularizada, no puede pretender ser "arca de Noe" donde todos puedan salvarse. Al no ver cumplidas sus expectativas esta espiritualidad en vez de convertir a los cristianos en fermento en la masa del mundo los convierte en personas que desconfían y recelan del mundo como algo negativo y pecaminoso; cuando menos, las iniciativas que se dan fuera del ámbito eclesial, se conceptúan como algo irrelevante o intrascendente.

No podemos pretender que la Iglesia salve al mundo. La justicia del mundo no puede ser obra exclusivamente de la Iglesia. Como dice expresamente el Papa en su encíclica:

*La construcción de un orden social y estatal justo, mediante el cual se da a cada uno lo que le corresponde, es una tarea fundamental que debe afrontar de nuevo cada generación. Tratándose de un quehacer político, esto no puede ser un cometido inmediato de la Iglesia (n° 28).*

Por ello las acciones que como comunidad cristiana asumamos en el ámbito de la solidaridad y de conseguir un

mundo más justo tienen un valor muy importante de signo. Cada gesto de solidaridad que la Iglesia asume se convierte en un mensaje para todo el que lo contempla, en un signo de cómo quiere Dios que vayamos humanizando el mundo. Cada gesto de solidaridad que la comunidad cristiana asume desencadena un dinamismo de humanización convirtiéndose en signo eficaz del reino. Eso es lo que hacía Jesucristo. Él no curó a todos los leprosos que había en Israel, sino a sólo unos cuantos; ni a todos los ciegos les devolvió la vista, ni a todos los muertos los resucitó. Sus acciones de ayuda a los más pobres eran sacramentos eficaces de la fuerza salvadora de Dios en el mundo.

Pretender que la Iglesia orgánicamente imponga a toda la sociedad una ideología por la que se consiguiera un mundo más justo es contrario al propio magisterio. Las acciones solidarias de nuestras comunidades cristianas han de buscar la eficacia del signo. La eficacia de mostrar que el más pobre tiene dignidad de hijo de Dios, de que, por tanto, nunca debemos conformarnos con las injusticias que deforman nuestra humanidad, y que, porque Dios actúa en él, siempre hay que estar abierto a la esperanza de que es posible que cambie y de que es posible que ante su sufrimiento sea nuestra vida la que cambie.

### **4. La fuerza de purificación religiosa que tiene la comunicación de la acción social de la Iglesia.**

Ya lo hemos ido insinuando a lo largo de nuestra reflexión, pero la comunicación de nuestra acción solidaria tiene un efecto muy importante de purificación religiosa dentro de la propia comunidad cristiana. La tendencia de toda

institución humana, y la Iglesia lo es y nuestras parroquias lo son, es la de buscar la forma de afirmarse y perpetuarse. La apertura hacia los más pobres va siempre contra esa tentación constitutiva de toda institución. Lo que desde la realidad histórica puede distinguir a la Iglesia del Templo de Jerusalén, en cuyo nombre fue ejecutado Jesucristo, es la centralidad de los más pobres en la vida de la Iglesia.

Nuestra labor a favor de los más pobres, incluso la comunicación de nuestra acción solidaria, va a traer consigo dinamismos profundamente evangélicos para la Iglesia. Primero nos va a empobrecer, cosa que es evangélicamente magnífica. Vamos a dejar de preocuparnos por acumular tesoros en la tierra para poder dar de comer al hambriento. Segundo nos va a hacer abandonar la tendencia idolátrica que tiene todo culto ritual y simbólico que los hombres ofrecemos a Dios, ya que situaremos el culto donde auténticamente ha de estar: en la vida, en la historia. Tercero vamos a vivir la persecución por la fidelidad al evangelio porque en cuanto alguien asume la perspectiva y los intereses de los más pobres se convierte en alguien incómodo para el que tiene poder. Y cuarto vamos a vivir la impotencia de todo el que se acerca a los que menos pueden; una impotencia que es fuente de poder transformador. La debilidad tiene el poder de cambiar el corazón de quien la contempla, de invitarle a la ayuda, a la solidaridad. La cercanía con el necesitado nos conmueve, a no ser que nos defendamos de esa conmoción personal con etiquetas y raciocinios. Cuando como comunidad cristiana compartimos la debilidad con el débil esa interpelación adquiere el altavoz de la libertad y de la fe. Asimismo, en el reconocimiento de nuestra impotencia nos vemos impelidos a confiar en Dios, en sus ritmos y en sus tiempos, por eso nos hace ser más

creyentes.

## **5. Algunas consideraciones prácticas.**

La comunicación que se realice puede tener diversos acentos. Puede ser una comunicación más informativa, más de denuncia o más de sensibilización. Cuando pretendemos informar nos centramos en las acciones que los grupos de solidaridad, tanto de la Iglesia como de otras entidades sociales, están llevando a cabo. Con la información se apoyan compromisos positivos, dinámicas transformadoras, se extienden formas de trabajo beneficiosas para los más pobres.

La denuncia se centra en la descripción de las situaciones injustas e inhumanas que están viviendo determinado grupo de personas. Su objetivo puede ser la interpelación a un compromiso personal de los cristianos, o el cambio de políticas sociales de las diversas instituciones sociales o públicas.

También se puede perseguir un objetivo más de fondo como es el de la sensibilización, por el que no se pretende un cambio concreto, sino mantener en la conciencia de los cristianos y los ciudadanos en general determinadas situaciones de pobreza para mantener un nivel adecuado de concienciación y de implicación.

También tenemos que tener en cuenta que la comunicación tiene receptores diversos, y que nuestros mensajes van a estar dirigidos preferentemente a unos o a otros. Esos receptores posibles son: los pobres y excluidos, la comunidad cristiana en general, las personas vinculadas a

una acción solidaria en la Iglesia, a los diversos grupos sociales más o menos comprometidos en solidaridad, a los poderes públicos responsables. Hemos de tener claro a quién queremos dirigimos para que nuestros mensajes sean claros, directos e inteligibles. También hemos de procurar que ninguno de estos posibles receptores esté marginado de la globalidad de nuestros mensajes. Quizás el primero de ellos es el menos cuidado por la comunicación que hacemos en la Iglesia.

\*\*\*\*\*

*De la abundancia del corazón habla la boca* (Mt 12, 34), de tal manera que la presencia de los más pobres, de sus problemas e ilusiones, en lo que decimos y como interlocutores de nuestra comunicación es criterio fundamental para que veamos en qué medida estamos asumiendo la dimensión caritativa que es constitutiva del Evangelio de Jesucristo.